



Foto: Martha Gómez / Barrendero

EL PAISAJE SONORO DE LA CIUDAD

■ Christian Federico Rábago Ramírez*

Hagamos un ejercicio de imaginación o de memoria: nos encontramos en la sala de cine, totalmente absortos en la trama del filme, padeciendo con los personajes las vicisitudes de una historia que realmente nos conmueve. De pronto, en la escena más importante, cuando las vidas de los protagonistas están por definirse, una charla escandalosa rompe la magia. En la sala descubrimos un grupo de personas que, lejos de disfrutar de la cinta, se regodean en la plática de las aventuras y desventuras que les suceden a ellos y a sus amigos. La experiencia cinematográfica se ha estropeado. Pero nadie se paró frente a la pantalla (en esta ocasión, por lo menos) ni nos tapó los ojos ni nos lanzó palomitas ni nada por el estilo. ¿Por qué cuando no nos dejan oír la situación se torna inmanejable? Pues por eso: hay una alteración en el sonido, y este tiene la capacidad de hacernos más real el mundo real.

Estamos acostumbrados a dar toda la importancia a la experiencia visual del mundo, dejando de lado la información que los otros sentidos nos otorgan. Esto no es producido sólo por los estímulos de la vida contemporánea, sino por el instinto de conservación. La vista tiene la función de avisarnos sobre los objetos desde la mayor distancia; en cambio, para poder conocer el sabor de algo, ya es demasiado tarde: está dentro de nosotros; de forma similar ocurre con el tacto y con el olfato, sentido que además tiene la carga de la moral evolutiva. Pero, ¿y el oído?

Los sonidos tienen la capacidad de ponernos en alerta, de hacer que ejecutemos acciones más allá de la contemplación visual. Cuando algo nos impresiona perdemos la capacidad de escuchar y necesitamos que alguien nos grite para regresar a la realidad. Incluso se dice que el último sentido que desaparece

al morir es el del oído, por lo que es recomendable hablarles a las personas que se encuentran en ese tránsito.

Regresando al ejemplo inicial, uno de los factores fundamentales que lograron llevar al público de regreso a las salas de cine, después de la crisis ocasionada por la introducción de la videocasetera en los hogares de la década de los ochenta, fue precisamente el desarrollo de sistemas de sonido capaces de, literalmente, envolver al espectador. Así, la realidad específica que se recrea, se debe al sonido.

Si la vida cotidiana fuera una película, ¿cuál sería su banda sonora? Probablemente en este momento vengan a nuestra mente los sonidos más recurrentes de nuestra rutina diaria: el tráfico, los teléfonos, una que otra canción, las voces de nuestros allegados, tal vez una mascota, etcétera.

Un ejercicio interesante consiste en hacer un listado de esos sonidos que conforman nuestra existencia, que escuchamos en nuestra experiencia diaria y que forman nuestro universo sonoro. Tal vez descubramos cómo es que vivimos nuestra vida, más allá del ideal o de la condena.

El músico y pedagogo Murray Schafer desarrolló el concepto de *soundscape*, es decir, paisaje sonoro, para referirse al entorno acústico que forma parte de nuestra realidad. Al igual que podrían apreciarse en una pintura o en una fotografía, Schafer (1994) destaca tres elementos que forman parte de la composición de la imagen sonora de un ambiente en particular:

En primer lugar está la *keynote*, es decir, la tonalidad general. Esta puede estar constituida por la suma de los sonidos recurrentes de un lugar en particular.

Derivado de este sonido recurrente, ahora transformado en *background sound*, o sonido de segundo plano, aparecerá el *foreground sound*, sonido de primer plano, al que denomina *señal*. Dicha *señal* se destaca del entorno sonoro cuando somos conscientes de ella.

Y por último, buscaremos el elemento esencial, lo que le da su carácter particular al paisaje sonoro en cuestión; esos componentes acústicos que forman la identidad del paraje: el *soundmark*, la huella sonora. El sonido de la orquesta que afina sus instrumentos antes del concierto; las voces de los aficionados, junto a las cornetas y los silbidos en un estadio de fútbol; la voz del sacerdote y el eco resultante después del «amén» durante una misa en una catedral. El sonido emblemático de un lugar específico.

Partiendo de lo anterior, vayamos a descubrir el *soundscape* de la ciudad e intentemos encontrar su identidad sonora. Cualquiera puede hacer el ejercicio en su propia ciudad, pero hablaremos ahora, a manera de ejemplo, del *soundmark* de León, Guanajuato.

¿Cómo suena León?

En sus avenidas principales, la ciudad suena a automóviles de diversas clases: modelos de 2004 hacia atrás; camiones, camionetas, motocicletas, tráileres, etc.; escuchamos también cláxones, voces, el *punch-punch* de algún auto-estéreo que nos lanza música banda o grupera; pero a veces podemos también apreciar el viento entre los poquísimos árboles que quedan, las escobas barriendo el polvo, e incluso elementos casi bucólicos, como los pájaros después de las 6:00 de la tarde, o a alguien que silba o canta.

* Académico del
Departamento de Ciencias
del Hombre y del Centro
Ignaciano de Formación
Humanista, UIA León.
fedalebrije@hotmail.com

¿En qué es diferente esta ciudad de otra de tamaño mediano?

En las colonias abiertas al público, el sonido de los coches baja y aparecen otros: pregones como el del afilador, el vendedor de paletas de hielo, elotes o tamales; algunos niños jugando o incluso la característica *vaca* del camión repartidor de la panificadora «La Central»... y el tren.

En las colonias cerradas hay un silencio roto sólo por los automóviles y en algunos casos —cada vez más escasos— el sonido de niños que juegan en la calle.

En las plazas de los barrios se escucha más a la naturaleza, en los árboles o en el agua de las fuentes. Las voces ya no son aisladas, sino que se concentran en las charlas. Niños gritándose entre ellos o que son acarreados por su mamá. Música aislada y, en ocasiones, hasta música en vivo.

Mientras, en los centros comerciales lo que se escucha primordialmente es el rumor acumulado de diversas conversaciones, los pasos sobre el piso marmoleado y la música de las tiendas.

En las afueras, en colonias *marginales*, los sonidos están focalizados en las casas, con el añadido de los perros, los gallos y gallinas y, por supuesto, las estaciones de radio, como la cuasi-romántica «Rancherita»... y el tren, más claramente.

Pero, ¿en qué es diferente esta ciudad de otra de tamaño mediano? Aquí es donde el intento por descubrir una identidad sonora ciudadana se cae —y podríamos decir lo mismo de la identidad cultural— entendiendo ésta como lo que nos hace únicos.

En León debemos observar algo muy importante: la presencia de una diversidad social, cultural y temporal en los sonidos ciudadanos. Nuestra ciudad ejemplo ha crecido, pero su desarrollo no ha seguido el mismo ritmo en todas partes. A pesar de su tamaño —y de la cantidad de personas que alberga— León sigue funcionando como un pueblo pequeño que conserva sus dinámicas socioculturales tradicionales luchando ahora contra la llegada de los procesos globalizadores que supone la apertura económica —deseada o no— de la región. En León, a veces la carreta de las *naranjas-naranjas-para-el-jugo*, tirada por su cansada mulita, no deja pasar al Ferrari Testarosa, aunque los topes son un obstáculo muy democrático para ambos.

Contenida en el sonido de la ciudad se encuentra la evolución de la misma, diferenciada entre sus componentes. Los sonidos de los barrios, de la villa, de la ciudad y de la metrópoli están presentes al mismo tiempo, en mayor o menor medida, pero sin desaparecer o prevalecer del todo, ya que nuestra sociedad no es una unidad indivisible, a pesar de los deseos de muchos sectores por querer verla así. Es más bien como una cebolla, con diversas capas alrededor de núcleos geográficos. Lo interesante es ver que los sonidos —y la influencia de estos sobre nosotros, los escuchas— funcionan de la misma manera.

Tomamos conciencia de los sonidos cotidianos en la medida en que rompen con nuestros esquemas conceptuales sobre cómo debería sonar dicha cotidianeidad. El ejemplo clásico puede ser la sirena de una ambulancia, aunque su intención es precisamente esa, pero si escuchamos el sonido de un tractocamión en una zona residencial o tal vez música clásica en

medio de la avenida, entonces despertamos al ambiente sonoro.

El caso de León entró desde hace tiempo en una suerte de búsqueda por un lugar entre las ciudades más grandes del país, al tiempo que recibe la influencia cultural de diversas corrientes, tanto económicas como sociales. Pretende desenmarañar las estructuras que le hacen ser una ciudad distinta, pero los resultados no son del todo evidentes: musicalmente casi podríamos decir que somos nortños, aunque los centros de diversión no pueden decirlo abiertamente, porque somos «el Bajío». La influencia de José Alfredo Jiménez es evidente y palpable, lo mismo que la de *Intocable* o la de *RBD*. Lo gruperio y lo pop se fusionan como en las ahora popularísimas micheladas; las charreadas, las corridas de toros y los partidos de fútbol en la primera «a», donde escuchamos los *ayayay*, los *óle*, y los *léon* —sí, con los acentos puestos ahí— proferidos casi por las mismas personas, en circunstancias distintas.

Pero, a todo esto, ¿cuáles son los lugares de silencio en esta ciudad? Probablemente las iglesias —lo que algo dice de una identidad autoimpuesta a partir de un catolicismo a ultranza—; los segundos pisos de los edificios públicos, como la residencia, la presidencia, casa de la cultura, etc., las bibliotecas, aunque, desgraciadamente, más por la ausencia de personas que por una reverencia a la lectura. Y hasta hace algunos años, unos de los lugares más callados de la ciudad eran las zapaterías, donde operaba una suerte de reverencia comercial.

Desde una perspectiva en que las creaciones humanas son, por añadidura, entes comunicantes, el mensaje que dichas obras transmiten tendrá necesariamente una carga de significado más o menos

definido, dependiendo de las intenciones de quien las crea. Los sonidos provocados por la ciudad comunican algo de nosotros. Lo difícil, como vimos, es acotar el mensaje, manejarlo como una sola idea, ya que el mensaje es un espacio virtual que se construye, tanto por el emisor como por el receptor; el *soundscape* está ahí: es necesario no sólo apreciarle, sino leerle.

Y para hacerlo, el diseño gráfico ofrece herramientas. ¿Cómo es eso? Desde su origen, e incluso desde su etimología, diseño gráfico se refiere a una creación con el objeto específico de ser clara, descriptiva. Normalmente relacionamos las funciones del diseño gráfico con elementos visuales. La misma intención con la que se crea un cartel, considerando la mejor forma de transmitir información, también puede aplicarse en el estudio de contenidos comunicacionales que busquen persuadir a un auditorio. El diseño gráfico es, por naturaleza, un ejercicio retórico.

Al momento de diseñar un mensaje, estamos desarrollando la *intelectio* de nuestro discurso. ¿Qué es lo que queremos decir? Para ello, recurrimos a la *dispositio* a fin de que nuestras ideas tengan una organización idónea para que no se desvirtúe el mensaje final. Es precisamente

en esta parte donde el análisis de los elementos que conforman el espacio de elocución nos da una clave fundamental para estructurar nuestro discurso. Y con ello no me refiero solamente a cuestiones prácticas como dónde poner un *poster* o qué orientación deberá tener una casa, sino también a los diversos lugares, tanto físicos como cognitivos, en que nuestro mensaje

Tomamos conciencia de los sonidos cotidianos en la medida en que rompen con nuestros esquemas conceptuales

será transmitido. Eso incluye, por supuesto, el *soundscape*.

Cada uno de los sonidos que conforman el paisaje acústico citadino puede entenderse como un texto en sí mismo. En conjunto, y dentro de un contexto espacio-temporal definido, estos textos conforman un discurso. Así, el estudio del *soundscape* de la ciudad puede hacerse desde una perspectiva retórica, entendiendo su carácter discursivo.

Por ejemplo: el sonido de viento moviendo árboles más el sonido de agua corriendo, pueden armar un discurso de un parque con una fuente. El sonido de varios automóviles más el sonido de personas, nos devela un discurso sobre una calle principal. Si aumentamos el sonido de las personas hasta el de una multitud ovacionando, nuestro discurso adquiere el carácter específico de una calle junto a un lugar donde asiste mucha gente que, en nuestro ejemplo, puede ser el estadio León, y ya no cualquier calle, sino el bulevar Adolfo López Mateos, entre el bulevar Francisco Villa y el Vasco de Quiroga.

Y con sólo movernos un poco, cruzando la calle, entraremos en un ambiente mucho más silencioso, donde apreciamos el sonido de los pájaros cantando, las hojas de los árboles, los pasos y voces moderadas

de las personas e, incluso en algunas ocasiones, música en vivo. El *soundscape* del Fórum Cultural Guanajuato, en este caso, es totalmente distinto, y habla de cosas diametralmente diferentes; y no sólo estamos en la misma ciudad, sino también en la misma zona.

Desde esa perspectiva, la ciudad no sólo tiene sonido, sino que de hecho habla. Y lo hace sobre temas muy variados: quiénes viven en ella, cómo lo hacen, lo que le duele, lo que le gusta, lo que ha vivido y lo que vivirá; quién es en ese momento particular de su existencia, pues el *soundscape* no sólo abarca el presente y el pasado, sino que tiene la capacidad de evocar un posible futuro, si apreciamos su evolución sonora.

Ubicados ante los ruidos cotidianos de nuestro entorno, es necesario no sólo apreciarlos como elementos de contaminación auditiva, sino como verdaderos indicios sobre quiénes somos y de qué forma vivimos nuestra identidad como ciudadanos en el sentido más amplio de la palabra. Y es que el *soundscape* no sólo es una suerte de acompañamiento de nuestro tiempo, sino un universo en sí mismo, en el que podemos conocernos y reconocernos a partir de los sonidos que hemos producido —y que produciremos eventualmente— ya que en ellos encontramos un reflejo muy interesante de quiénes somos. ■

■ REFERENCIAS

Álvarez, Ginna e Ulises Argote (2009) *Arquitecturas sonoras*. Proyecto final de Síntesis y Evaluación para la licenciatura de Comunicación. México: UIA León.

Bersitáin, Helena (2004) *Diccionario de retórica y poética*. México: Porrúa.

Chion, Michel (1993) *El sonido*. España: Paidós.

- Delannoy, Luc (2008) *El espejo: ensayos sobre la conciencia musical*. México: Centro de Investigaciones en Neuroestética y Neurolingüística.
- Eco, Umberto (2005) *La estructura ausente*. México: De bolsillo.
- (2005a) *Tratado de semiótica general*. México: De bolsillo.
- Elías, Mónica y Ernesto Padilla (2006) *León: una mirada al espejo*. México: UIA León / SUJ / Ayuntamiento de la Ciudad de León.
- Esqueda, Román (2003) *El juego del diseño*. México: Designio.
- Foucault, Michel (1968) *Las palabras y las cosas*. México: Siglo XXI.
- Ricoeur, Paul (2001) *Del texto a la acción*. México: FCE.
- Schafer, R. Murray (1994) *The soundscape: our sonic environment and the tuning of the world*. EUA: Destiny Books.